

Alma color de azucena y de cielo

Hna Edith de la Cruz Cuzcano OP

Eduviges Portalet nació el 3 de diciembre de 1826 en Lyon, Francia, en el seno de una familia cristiana. Sus padres fueron Don Benniot Marie Portalet¹, un joven abogado de la Corte Real de Lyon, preparado y de buen verbo y su madre Zelié Eleonore Couturier, una dama parisina de buen trato y amables modales.

Eduviges creció rodeada del amor de sus padres y del afecto de sus familiares más cercanos como el señor Jean François Portalet Meutier, abuelo de la niña, la señora Geneviève Euphrasie Combart, abuela materna, el tío Claudio Portalet hermano de Benniot Marie.

El 5 de diciembre fue inscrita en los registros de Lyon, con el nombre Françoise Geneviève Edwige. De ahora en adelante llamaremos a nuestra heroína EDUVIGES, para pronunciar con fidelidad la sonoridad espiritual el nombre de una mujer generosa en responder al proyecto Divino.

El hogar cristiano de la familia Portalet, no dejó pasar más días sin regalarle el precioso don de la fe por medio del bautismo a la nueva heredera. Eduviges recibió las aguas bautismales en la Parroquia de los Bretteaux siendo el padrino Don Jean François Portalet Meutier, abuelo de la niña, y la Madrina la señora Geneviève Euphrasie Combart, viuda del Señor Charles Couturier, abuela materna de la niña quienes firmaron después de recibir el sacramento.

Hogar donde el nombre de Dios se pronunciaba con respeto y cariño; y donde Jesucristo es el Señor y la Virgen María, su madre, ocupa un lugar especial siempre.

Texto y música de nuestra Madre Fundadora Eduviges Portalet

1. Oh hijas de Sión,
exulten de alegría,
preparen sus dulces cantos,
y sus himnos de amor:
Aquí esta el lirio,
de la antigua promesa,
En los espinos del exilio
Florece ahora. (Bis)

CORO

¹ En las partida de nacimiento y de bautismo aparece como Benniot Marie, no como Gastón, nombre que se ha usado en toda la bibliografía existente.

Oh mi blanca flor perfumada,
Tu cáliz esconde la miel,
¡oh mi paloma bien amada,
toma tu vuelo,
ven al cielo. (Bis)

2. Nosotros que sufrimos
en la tierra,
hacia a ti elevamos los ojos,
¡Oh madre Inmaculada
De tus hijos escucha las voces:

Solo: "Yo Soy Inmaculada"
que he venido a la tierra.

CORO
Y nosotros entendimos,
esta palabra misteriosa,
y nosotros la hemos inscrito
en la pureza de nuestras almas,
que bajo tus preceptos
viven siempre felices nuestros corazones.

El corazón de una mujer siempre está unido al corazón de la madre, el corazón y la vida de Eduviges Portalet nuestra amada fundadora, estuvo cerca siempre del corazón de santa María la Inmaculada Concepción. Como sin igual ejecutora de la música y el canto compuso la letra y la música del tema "La Inmaculada" para hablar de su filiación y ternura por nuestra Madre la Inmaculada Concepción especialmente en la hermosa advocación de Lourdes. Es seguro que la Madre siempre la miró con especial predilección

En la Constitución Ineffabilis Deus del 8 de Diciembre de 1854, Pío IX pronunció y definió que la Santísima Virgen María «en el primer instante de su concepción, por singular privilegio y gracia concedidos por Dios, en vista de los méritos de Jesucristo, el Salvador del linaje humano, fue preservada de toda mancha de pecado original».

Nuestra fundadora vive con júbilo la definición del dogma de la Inmaculada Concepción y su alma mariana, se realiza con mayor plenitud en su amor y filiación a María Inmaculada. La aparición de Nuestra señora de Lourdes fortalece la fe del pueblo, Bernadette Soubirous, una sencilla adolescente de catorce años, aseguró haber visto en 18 ocasiones a la Virgen María en una gruta del paraje de Massabielle, en Lourdes, Francia, entre el 11 de febrero y el 16 de julio de 1858

Una luz resplandeciente como la del sol, pero dulce y apacible como todo lo que viene del cielo, una Señora prodigiosamente bella se dejó ver por Bernardita. Vestía un traje blanco, brillante y de un tejido desconocido, ajustado al talle con una cinta celeste; largo velo blanco caía hasta los pies envolviendo todo el cuerpo. Los pies, de una limpieza virginal y descalzos, parecían apoyarse sobre el rosal silvestre. Dos rosas brillantes de color de oro cubrían la parte superior de los pies de la Santísima Virgen. Juntas sus manos ante el pecho, ofrecían una posición de oración fervorosa; tenía entre sus dedos un largo rosario blanco y dorado con una hermosa cruz de oro.

El alma mariana de nuestra Madre fundadora fue como fuego encendido que todo lo convierte en luz y calor, que hace los corazones fervorosos, prontos a la alabanza, sencillos pero en asombro del maravilloso don del amor de aquél que nos ha creado.

La madre de Lourdes irradiaba felicidad, majestad, inocencia, bondad, dulzura y paz. La frente lisa y serena, los ojos eran azul celeste llenos de amor y los labios mostraban suavidad y mansedumbre; al contemplar a la Señora Inmaculada parecía que su corazón se inclinaba a la tierra.

El alma mariana de Eduviges se quedaba colmada y gozosa, se queda en asombro de la paternidad divina expresada en la manifestación de la Toda Pulcra, que es la Inmaculada, por eso habla a sus hermanas, y las invita así:

Oh hijas de Sión,
regocíjense de alegría,
preparen sus dulces cantos,
y sus himnos de amor:
Aquí está el lirio,
de la antigua promesa,
en las zarzas del exilio
Florece en este día

Ella alude al profeta: "¡Hija de Sión; da gritos de alegría Israel! ¡Alégrate, Hija de Jerusalén! El Señor es el Rey de Israel en tí. ¡No temas... Sión! En tu seno está el Señor, tu Dios, el héroe, el Salvador." (Sofonías 3, 14-17). Cuando se dirige a las "hijas de Sión" se refiere a todas las hermanas, a toda la comunidad, a toda su familia religiosa y las invita a alabar, a cantar, a saltar de alegría y en coro, es decir, "unánimes" -como dice san Agustín- "con un solo corazón y una sola alma en el Señor".

El "¡regocíjense!", hay que considerarlo como la invitación por excelencia al gozo mesiánico, a la alabanza continua y gozosa.

Cuando Eduviges escribe "Preparen sus dulces cantos" nos motiva a una respuesta de amor y de ternura al que es el Amor y la ternura; la respuesta sponsal de la amada al Amado Divino que es el rey, el Esposo, como dice la Palabra «Yo soy para mi amado y mi

amado es para mí» (Ct 6, 3). La respuesta sintetiza el amor que nunca vuelve vacío cuando el Amor es Dios, amor que es fuego y fuego que consume.

“Aquí esta el lirio,
de la antigua promesa”

El lirio es un antiguo signo heráldico representado por la flor de lis que simboliza pureza. Como símbolo de blancura y perfección aparece en la mano de muchos santos; cuando la Madre dice “el lirio de la antigua promesa” se refiere a la promesa del Redentor, que nacerá del vientre purísimo de la Inmaculada, que está escrito en la Palabra, “y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y su simiente; ella te herirá la cabeza, y tú le herirás el calcañar”. (Gén 3,15). Por la Inmaculada se realiza la gran aspiración del Antiguo Testamento...”. La salvación mesiánica profetizada por Sofonías, consistía precisamente en la presencia de "Yahvéh salvador, en medio de su pueblo". María, como nueva Hija de Sión, lleva a Jesús ("Yahvé salva") "en su seno". El Cantar de los Cantares dice hermosamente de ella, «Eres toda hermosa, amada mía, y no tienes ningún defecto». (Ct 4,7).

Oh mi blanca flor perfumada,
Tu cáliz esconde la miel,
¡oh mi paloma bien amada,
toma tu tesoro,
ven hacia el cielo.

El coro es la respuesta del amado que se dirige a la amada no solo con expresión poética sino con todo su corazón y su vida. El cáliz que esconde la miel es la figura de aquél que es don, gracia y bondad, el dialogo sponsal hace más fuerte aún al amado que es el Rey, pero siendo rey le habla al oído a la amada, a la “blanca paloma bien amada” y la invita al cielo. El cáliz hace alusión a la sangre de la alianza nueva y eterna, a la Eucaristía de la que Eduviges era una apasionada.

Nosotros que sufrimos
en la tierra,
hacia a ti elevamos los ojos,
¡Oh madre Inmaculada
De tus hijos escucha las voces.

En la segunda estrofa de la composición la fundadora se une al coro de la comunidad, a las consagradas, esposas del Amado, y en actitud de súplica ruega a la Inmaculada, madre del Hijo, pero hija del Padre también que escuche los ruegos de sus hijos, sus voces, sus peticiones.

Solo: “Yo Soy Inmaculada”

que he venido a la tierra.

En el siguiente verso pone las mismas palabras de la madre de Lourdes, palabras que han consolado a los hijos de la humanidad. La Sagrada Escritura consigna muchas veces el "Yo soy" para referirse a Dios en primera persona: "Yo soy el que soy" (Ex 3,13). A Abram: "No temas, yo soy tu escudo". "Yo Soy Yahvé tu Sanador" (Ex 15,26). "Yo Soy Yahvé tu Dios" (Ex 29,46). "Yo soy santo. (Levítico 11,44).

En el nuevo testamento Jesús dice entre otras cosas, "Yo soy el pan de vida". (Jn 6,48). "Yo soy la luz del mundo" (Jn 8, 12). "Yo soy de arriba" (Jn 8,23). Yo soy el buen pastor (Jn 10,14). "Yo soy el camino" (Jn14, 6).

Con fe repetimos y creemos que nuestra Madre es la Inmaculada.

El coro final es la respuesta de las hijas, de la comunidad, respuesta de esposa que siente que el Señor se ha fijado en ella, que hay que responder con Amor al que es el Amor:

Y nosotros entendimos,
esta palabra misteriosa,
y nosotros la hemos inscrito
en la pureza de nuestras almas,
que bajo tus preceptos
viven siempre felices nuestros corazones.

Es la respuesta de quien se sabe amada, elegida, mirada, de quien se sabe en la palma de la mano de Dios, y el corazón dice sí, más que con la Palabra con el corazón, como santa María la Inmaculada se llama a sí misma la esclava del Señor, y dice "Mi alma glorifica al Señor mi Dios, gozase mi espíritu en mi salvador" (cf Lc 1,46).

El alma mariana de nuestra fundadora la mantuvo como mujer de fe, como creyente gozosa, con la alegría a flor de piel, pero sobretudo a flor de la vida, a los pies de la Inmaculada a quien consagró su corazón y la eligió como Madre, dueña y Patrona de la Congregación a quien es la sin mancha desde «...el primer instante de su concepción...»

Como Eduviges seremos predicadores de la verdad y portadores de la luz de Cristo con el testimonio de una vida de oración y de compromiso con los sin luz de la humanidad, reflejando la pureza de María Inmaculada, -detrás de cuya bandera marchamos- para construir la nueva civilización del amor, para llegar "al día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, a gloria y alabanza de Dios" (cf Fi1.1, 11).

Un alma profundamente mariana

La sierva de Dios Eduviges Portalet es un alma cien por ciento mariana, hija predilecta del corazón de María Inmaculada. Eleonore Couturier, madre de Eduviges cultivó en su hija

desde su más tierna infancia una fe delicada, sencilla y mariana; su mano cariñosa y maternal condujo siempre el corazón de su pequeña niña, dejando en la vida de Eduviges un paradigma de maternidad generosa, abnegada y llena de ternura, que produjo en ella un confiado abandono en María Inmaculada, la madre de la Concepción purísima.

La solemnidad de la Inmaculada Concepción fue definida por el dogma del Papa Pío IX en el año 1854; la Iglesia celebró con júbilo esta bondad maternal de María. Agregamos a este jubileo el hecho extraordinario de la aparición de la Inmaculada Concepción de Lourdes, el 11 de febrero de 1858, donde la Madre de Dios se manifiesta a la humanidad: "Yo soy la Inmaculada Concepción".

Estos hechos son puntuales para afirmar la figura de la Inmaculada en la vida de Eduviges y de toda la comunidad, más aún, cuando desde el inicio ella sintió que el Espíritu Santo le llamaba a la familia de la Inmaculada Concepción.

En 1884 gracias a la intervención del beato Jacinto María Cormier nuestra familia religiosa fue afiliada a la Orden del glorioso Domingo de Guzmán, una Orden que nació del querer de la Virgen María, así conjugó perfectamente familia y espiritualidad de raíces maternas que dan un tinte propio a su Congregación.

En la solemnidad del 8 de diciembre la madre fundadora quiere que su familia entregue su vida y sus proyectos al maternal y amoroso cuidado de la Purísima Madre, por eso escribió una plegaria que todas sus hijas rezan el día de la Inmaculada Concepción, uniéndose al corazón y a los deseos de la Madre fundadora, consagrándose al amparo de la sin mancha por los siglos.

La madre fundadora, inicia esta consagración dirigiéndose a la "Santísima Virgen María, Madre de nuestro Divino Esposo"; ella entiende la dimensión sponsal de la religiosa, quien hace de Cristo el centro de su vida consagrada, de su historia, de sus proyectos. En la pertenencia al Señor Jesús la consagrada da respuesta a la elección personal y única que el Maestro hace a quien le dice: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme". (Mt 19,21); y sabe que no es ella la que elige a Dios sino perfectamente a la inversa: Dios es quien elige, "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Jn 15,16). Está convencida de esta elección divina, de una llamada extraordinaria y única.

Elige el día de la Inmaculada Concepción para consagrarse fielmente al corazón de la Madre de Dios, con corazón indiviso, pobre y obediente; consagración que ha recibido en el bautismo sacramental, y después en un segundo bautismo que es la vida consagrada. Se consagra como dominica, hija del glorioso Domingo de Guzmán, el Predicador de la Palabra, el hombre del "contemplata aliis tradere" contemplar para dar lo contemplado,

aquél que “solo hablaba de Dios y con Dios”, como él intentamos ser mujeres de oración y acción, de contemplación y apostolado.

La sierva de Dios escribe, “Te escogemos desde ahora y para siempre por Superiora y Dueña de nuestra Congregación” habla de la sintonía de la consagrada con santa María, la primera discípula del Señor, la que dibuja con total caridad su fiat y su existencia en la santa voluntad de Dios. Tomar a María como Superiora de la comunidad dominica es vivir y andar según el corazón de aquella que sabe obedecer amorosamente la Palabra, obedece al Verbo encarnado, es fiel al proyecto de Dios en todo momento y siempre.

La Constitución fundamental expresa como fin de la Congregación “...el de procurar que cada una de las Hermanas tienda a su propia santificación, siguiendo con más libertad a Cristo pobre, casto y obediente y trabajando para la perfección del edificio común que es la Congregación”; (Const fund II) Madre Eduviges pone en “sus manos maternas nuestros más caros intereses”, el de la santidad de cada una de las hermanas, “sean perfectos como su padre celestial es perfecto”. (Mateo 5,48). “Este es el sentido de la vocación a la vida consagrada: una iniciativa enteramente del Padre (cf. Jn 15, 16), que exige de aquellos que ha elegido la respuesta de una entrega total y exclusiva”. (Vita Consecrata 17).

Acude a la dimensión intercesora de la Madre y le ruega con filial cariño: “Vela sobre nosotras, oh Madre nuestra”, su fe de hija de la Iglesia sabe que, “con su ascensión a los cielos, no abandonó su misión salvadora, sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna. Por eso la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora”. (Catecismo de la Iglesia N° 969). Su confianza le hace volver a rogar a la Madre: “Aleja de esta familia los peligros que pudieran amenazarla”.

Convencida de la llamada, de la vocación, de la elección del Dueño de la mies, cuida de las azucenas del huerto del Divino jardinero: “No permitas jamás que sea admitida entre nosotras persona alguna, que no sea llamada verdaderamente por tu divino Hijo a servirle en la perfección de su amor”. Además de ese cuidado, reafirma la seguridad de la respuesta de quienes están en la comunidad, pues todas sin excepción han sido convocadas por el Señor.

La constancia es la firmeza y perseverancia del ánimo, la actitud perenne que da validez, certeza y testimonio a lo que hemos elegido; más allá de la virtud solamente humana la madre fundadora pide a la “Llena de gracia”, a la Theotokos, “Danos a todas la gracia preciosa de la santa perseverancia”. La perseverancia asegura el testimonio vivo de quien ha optado por una respuesta después de una elección.

El amor es la magia de Dios, de la vida, de la creación y sobretodo de la creación del hombre, el mismo Señor lo dice: “Jesús respondió: El más importante es: “Escucha, Israel; el Señor nuestro Dios es uno; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu

alma, con toda tu mente, con toda tu fuerza. El segundo es éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay otro mandamiento mayor que éstos". (Mc 12,29). Madre Eduvigis entiende la virtud teologal del amor, aquello que Dios es en esencia, Amor; la explicación más sublime en la Palabra lo hace san Pablo, diciendo del amor que, "... es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, más se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta". (I Cor 13,4). La fundadora conoce la magia de la dulce caridad que será el alimento de la comunidad y de la vida fraterna por eso pide: "Une nuestros corazones con los lazos sagrados de la dulce caridad". La dulce caridad es la miel para la comunidad y como las abejas hay que buscarla prolijamente y con la participación de todas; la dulce caridad es el perfume, el buen olor, la fragancia que dan el aroma y el bálsamo a la comunidad y a la humanidad.

Sabe el valor de la virtud para una vida ordenada a la luz, a la verdad, al estudio, al trabajo; conoce que el ejercicio es necesario para una vida virtuosa; la repetición de los buenos hábitos nos ejercita para ordenar el apostolado y el servicio como tarea primera de quien se compromete a servir; como Jesús, quien ha venido a servir y no a ser servido. (Mc 10,45). "Excita en nuestras almas el amor a las virtudes y a la vida sobrenatural. Enseñanos, Virgen Santísima, la humildad, el olvido de nosotras mismas y haznos comprender la felicidad escondida en la valerosa abnegación".

La Madre fundadora ve el amor como una virtud principal o transversal y alrededor de ella cita a otras, específicamente a la humildad, la generosidad de pensar siempre en los demás antes que en primera persona y la abnegación; a esta última virtud le pone un adjetivo de alto calibre, "valerosa". Valerosa abnegación, que implica la donación de sí misma, el olvido de sí, la entrega en cuerpo, alma y espíritu por la misión de los privados de la luz física, y los privados de la luz de la fe; una entrega que trasunta una alegría perenne de quien está convencido de haber aceptado el desafío del amor, de quien no se cansa, no reclama, no se resiente, no necesita reconocimiento humano ni se siente víctima.

Se confía totalmente como hija a su madre bien amada y pone en manos de Ella hasta los temas domésticos del hogar y las preocupaciones humanas como los accidentes, muertes repentinas, incendios, temblores, y también las murmuraciones que son verdaderos terremotos para la vida fraterna y para la caridad: "Presérvanos, también, de todo accidente, de todo mal temporal; aleja de nosotras los incendios, las murmuraciones, los temblores y las muertes repentinas".

La prosperidad es el resultado de la pasión que se pone al propósito, del esfuerzo que se inyecta al proyecto, aceptando con humildad la gracia que viene del creador y aceptando con paz las limitaciones propias de la naturaleza. Esta es la Obra de Dios y la Dueña de esta Obra es María Inmaculada, a Ella le confía el presente y el futuro de toda su familia religiosa, ya que su ayer está enraizado en el corazón de la Madre de Cristo: "Da prosperidad a las obras que nos has confiado."

Preocupada por su pequeña viña, que es la viña de la Inmaculada Madre, le abre su corazón y le dice: “prepara con tus maternales manos a aquellas que deseas confiarnos en adelante. Envía a tu pequeña viña, vigilantes y sabias obreras; inspira a los corazones generosos el deseo de unirse a nosotras para servirte y amarte”.

Quiere que sus hijas sean mujeres vigilantes y sabias obreras; atentas a leer la voluntad de Dios en la obediencia, como María que obedece a la Palabra, “Hágase en mi según tu Palabra”, búsqueda de esta voluntad en las mediaciones humanas, en los acontecimientos. Las sabias obreras habla de mujeres portadoras de la luz de Cristo, llevando con su testimonio y su vida la bandera del veritas, la bandera de la Verdad. Sabiduría que es virtud, discreción, humildad, fe, mirándose en el espejo de María, la mujer de la sabiduría, de la humildad, de la discreción, de la fe. Cuando usa la palabra, obreras, subraya que la dominica sea la sencillez personificada, la que siempre está pronta a poner manos a la obra, que sea una dama que tenga “porte de reina” como dice en su cuarta Conferencia. El carácter de obrera también se refiere a aquella que tiene amor al trabajo y trabaja desapercibida y discretamente, libre de toda presunción y autosuficiencia, una misionera con verdadero “celo por la salvación de las almas”.

Su oración perseverante le hace repetir su petición de escucha pidiendo especialmente por las ramas del árbol de la Congregación que se extienden a suelo americano: “Vela, de un modo muy particular sobre nosotras, llamadas a servir a Nuestro Señor en la tierra americana”.

“Extiende sobre nosotras tu mano protectora”. No se cansa de insistir en la oración pidiendo la mano protectora de la Madre del Hijo de Dios, como no se cansan los verdaderos creyentes de impetrar, a quien es el camino más sencillo para llegar a Jesús, la Virgen de Nazaret que escuchó la Palabra y la hizo vida, omnipotencia suplicante, mediadora de todas las gracias.

Invita a sus hermanas a tener gran celo por la salvación de las almas, como Domingo de Guzmán orando por la noche y predicando en el día, como él preguntarnos como verdaderos hermanos: “¿Qué será de los pobres pecadores?, dar respuestas concretas y comprometernos responsablemente con los hermanos. “Estimula nuestro celo y fortifica nuestro valor. Que sembremos con fruto las santas enseñanzas del Evangelio”.

Completa la petición anterior para llevar el Evangelio a diestra y a siniestra, de día y de noche, por eso pide también las fuerzas físicas, para trabajar apasionadamente por la humanidad: “Conserva nuestra salud, que sólo deseamos emplearla para gloria de Jesús y la tuya”.

A la Superiora de la Congregación le pide que sea la estrella que guie a sus hermanas más pequeñas y que florezcan en el jardín de la santidad. “Que nuestros noviciados sean santos y florecientes. Sé para las que vendrán más tarde, la dulce estrella de los mares”.

Como alma de fidelidad y mujer trinitaria levanta entusiasmada la bandera de la que sin mancha es brillante y luminosa como el sol, unida siempre al sol sin ocaso que es Jesucristo el Señor; la bandera blanca de la Verdad, que es toda claridad, transparencia; esta bandera le hará exclamar, “el blanco lirio de su mano, debe florecer en nuestras manos”. “Que tus queridas hijas, las Dominicanas de la Inmaculada Concepción, lleven muy alto, en todas partes, tu bandera y la de nuestro glorioso Padre Santo Domingo; que bajo ninguna razón dejen arrancar jamás ni una franja de esta querida bandera”. Que la bandera de la Verdad, de la luz, de la pureza debe llegar completa, incólume hasta el final, no acomodarla a ideologías o a criterios relativistas.

Como mujer de comunión, pide la comunión y la unidad para toda su familia; estar unidas al tronco significa no perder la savia del carisma, de la espiritualidad, de las santas tradiciones que son propias de nuestra familia: “Que las ramas trasplantadas sobre el suelo americano queden siempre unidas, por las fibras las más íntimas de su fe y de su amor, al tronco que las ha producido por la gracia de nuestro Señor Jesucristo”. Que no perdamos de vista lo que el Espíritu Santo suscitó como urgencia para la familia religiosa de Eduviges.

Hace presente nuestra propia historia de esta acepción marianísima de nuestra familia, para que no la olvidemos, desde el ejercicio más sencillo de rezar un ave maría, pasando por la meditación del santo rosario, hasta alcanzar por la fe, la entrega y la virtud, a modelar nuestra vida según los moldes de la santísima virgen. “Es en el día bendito de tu Inmaculada Concepción, que hemos sido llamadas a entrar en tu Orden y que nos diste a Santo Domingo por padre”. Eduviges es una verdadera alma mariana y dominicana sin discusión.

Cuando la Madre Fundadora dice mil veces gracias, descubrimos en ella un corazón de acción de gracias constante, gratitud propia de las almas nobles, gratitud que arranca otras gracias; gratitud que es respuesta que Jesús espera siempre, como cuando preguntó ¿Dónde están los otros nueve?. Cuando dice mil gracias, no se refiere a la cantidad de novecientos noventa y nueve mas uno, se refiere a un adjetivo de mucho, abundante, siempre, todos los días. “Gracias, Madre querida, mil veces gracias, por este favor tan apreciado de las almas generosas y fieles. Despliega, pues, en este día tu virginal manto y abriga bajo de él, junto con los santos y santas de la Orden, a tus humildes hijas de la Inmaculada Concepción”.

Como su fundadora tiene la certeza que, la dominica de la Inmaculada Concepción ha de ser una mujer de acción de gracias, una mujer grata al Dios de la historia y grata en el cotidiano de cada día con el gesto, la palabra y la actitud que perfuma la comunidad y la humanidad.

Reconociéndonos pobres ruega por sus queridas hermanas: “En razón de su debilidad y de sus necesidades, dales el puesto de predilección que la Madre da siempre a sus más

tiernos hijos. No permitas que por nuestra culpa salgamos jamás del dulce y seguro asilo que nos das en este día”.

Finalmente pide que ninguna falte en el día de las recompensas, nos recuerda que no perdamos el horizonte de la santidad, que respondamos generosamente al llamado del Señor y que si en el cielo cantaremos las alabanzas de Dios, hoy esta alabanza tiene que ser una tarea de todos los días, vuelve a Santa María Inmaculada toda su vida y sus proyectos. “María es ejemplo sublime de perfecta consagración, por su pertenencia plena y entrega total a Dios. Elegida por el Señor, que quiso realizar en ella el misterio de la Encarnación, recuerda a los consagrados la primacía de la iniciativa de Dios. Al mismo tiempo, habiendo dado su consentimiento a la Palabra divina, que se hizo carne en ella, María aparece como modelo de acogida de la gracia por parte de la criatura humana... La Virgen es maestra de seguimiento incondicional y de servicio asiduo... La vida consagrada la contempla como modelo sublime de consagración al Padre, de unión con el Hijo y de docilidad al Espíritu, sabiendo bien que identificarse con ‘el tipo de vida en pobreza y virginidad’ (cf LG 46) de Cristo, significa asumir también el tipo de vida de María. La persona consagrada encuentra, además, en la Virgen una Madre por título muy especial... Está llamada con Juan a acoger consigo a María Santísima (cf Jn 19, 27), amándola e imitándola con la radicalidad propia de su vocación y experimentando, a su vez, una especial ternura materna. La Virgen le comunica aquel amor que permite ofrecer cada día la vida por Cristo, cooperando con él en la salvación del mundo. Por eso, la relación filial con María es el camino privilegiado para la fidelidad a la vocación recibida y una ayuda efficacísima para avanzar en ella y vivirla en plenitud” (VC 28).